

I. FEMINISMO SIN CUARTO PROPIO*

Para las que emergen desde los zulos

En 2015 conocí a Itziar Ziga. Itziar en ese momento era mi escritora feminista favorita. Su libro *Devenir perra* cambió mi postura sobre el feminismo. Se lo dije. Mientras me firmaba el libro *Un zulo propio* le conté que *Devenir perra* fue el libro que me llevó a asumirme como feminista. Se paró y me abrazó. Fue un momento muy emotivo. Luego vino la epifanía. Me escribió como dedicatoria: Para las que emergen de los zulos.

Virginia Woolf decía que para que una mujer escriba es necesario un <<cuarto propio>>, un espacio que signifique independencia y autonomía. Desde Woolf la figura del cuarto propio ha sido un tema recurrente en la trama de la teorización feminista. El cuarto propio es el lugar deseable y la aspiración de toda escritora que sostiene la causa. El cuarto propio es la meta porque significa no solo que puedes escribir, sino que lograste emanciparte lo suficiente para conseguir un lugar desde donde escribir. El cuarto propio es el lugar desde donde se escribe. Es tiempo. Es dinero. Son privilegios de clase y raza y epistémicos. Y es, también, un consenso general que toda escritora que quiere tener una obra fructífera debe hacerse uno.

El cuarto propio era incuestionable hasta que llegó la escritora chicana Gloria Anzaldúa y puso los puntos sobre las íes:

<<Olvídate del “cuarto propio”. Escribe en la cocina, enciértrate en el baño. Escribe en el autobús o mientras haces filas en el departamento de Beneficio social, o en el trabajo durante la comida, entre dormir y estar despierta. Yo escribo hasta sentada en el escusado. No hay tiempos extendidos con la máquina de escribir a menos que seas

*Este capítulo pertenece a De la Cerda, D. (2023). Desde los zulos. México: Sexto Piso, pp. 11-46.

rica, o que tengas un patrocinador (puede ser que ni tengas máquina de escribir). Mientras lavas pisos o la ropa escucha las palabras cantando en tu cuerpo. Cuentos estés deprimida, enojada, herida, cuando la compasión y el amor te posea. Cuando no puedas hacer nada más que escribir>>.

Un zulo, según Wikipedia, es un agujero o un escondite o un recinto clandestino. Un zulo es algo que no es un cuarto propio. Un cuarto propio no tiene por qué ser una habitación exclusiva para que una mujer escriba. Un cuarto propio también son los privilegios que ayudan a que la mujer escriba. Una jornada laboral de menos de ocho horas es un cuarto propio. Dinero y tiempo para ir a un café a escribir es un cuarto propio. Silencio en casa es un cuarto propio. Una mesa y una computadora es un cuarto propio. No compartir la vivienda con diez personas es un cuarto propio. Tener quién te cuide las crías para arrastrar la pluma es un cuarto propio.

El zulo es la antítesis del cuarto propio. Un zulo es la banca de un parque. Es la computadora prestada. Es la taza del baño y la azotea de la casa. Un zulo es el lugar donde escribe las desposeídas. Las que tienen cuatro jornadas laborales. Las que no tienen quién arrulle la cría para que ellas arrastren el lápiz. El zulo son las alcantarillas y los bordes.

Desde luego que Ziga no sabía que yo quiero ser escritora ni que escribo. Pero vio en mi mirada la rabia que tenemos las que viven en las alcantarillas. A ese reconocimiento entre criaturas marginadas la feminista chicana Chela Sandoval lo llama <<metodología de las oprimidas>> y la poeta negra Audre Lorde <<el mirar profundo>>. Es la capacidad de reconocer en la otras y otros la marca de la marginación y la marca de la resistencia. Entonces supo que yo era una habitante de un zulo y que iba a emerger desde ahí.

Pero yo sí sé lo que quiero. Quiero ser escritora. Pero no cualquier tipo de escritora. No quiero ser la escritora que escribe contemplando la calamidad desde un café en una colonia llena de árboles y calles como de postal, pero sin que el horror la toque porque lo contempla a través de la nota roja. No quiero ser la escritora que se

va al extranjero a especializarse en literatura creativa y escribe novelas con estructuras perfectas. No quiero ser la escritora elogiada por la crítica porque blanquea a los personajes marginados. No quiero escribir sobre putas que son ávidas lectoras ni sobre drogadictas que se drogan en ceremonias de ayahuasca. No creo tampoco que esté mal especializarse en literatura creativa ni escribir desde un estudio en una colonia de clase media alta. Hay mil caminos, pero ese no es el mío. Mi camino es el borde del abismo. Mi casa son los zulos. Emergí de un zulo y mi compromiso político es escribir desde y para mi lugar de ebullición.

Mi mamá creció en una comunidad de tres mil habitantes en la sierra de Jalisco. Allá donde hay pavimento y los techos de las casas son de teja, donde las señoras se encariñan con los puercos destinados a ser sacrificados para las fiestas de mayo y los cuidan como hijos y que se chingue el guateque. Donde todos se conocen y todos saben de la vida y señales de todo mundo y con la misma severidad que se juzgan, se ayudan en tiempos difíciles. Lo más cercano que encontró mi mamá a la comunidad fueron los barrios, entonces crecí en barrios populares. Crecí entre paredes sucias y danzantes y murales de la virgen de Guadalupe en cada esquina. Vi de primera mano la violencia y la desigualdad y la marginación. Y, como dice Cancerbero, el barrio no pasó en vano.

Mi jefa tiene muy arraigada la creencia de que una puede escalar en la jerarquía social chingándole machín. Progreso. Dinero. Progreso. Dinero. Dinero. Y un símbolo de progreso era inscribirme a colegios de monjas que en aquel entonces eran símbolo de estatus. Como tengo lo que se conoce en los estudios raciales como <<pasar por blanca>>, que no significaba otra cosa que no ser una persona racializada, es decir, indígena o afrodescendiente o asiática, mi mamá pensó que yo tenía la mitad de la vida social escolar resuelta. Pero se equivocó. Mi código postal era motivo suficiente para vivir todo tipo de discriminación clasista. Yo no fui la niña que todos los niños le jalan el pelo para llamar su atención. Los niños no se escondían debajo de la escalera para ver mis calzones ni me subían la falda. En la primera infancia no conocí la violencia a través de la discriminación sexista ni de la violencia de género. Yo era la

niña que llamaban gata, naca, corriente, qué haces en mi colegio si eres pobre. Mi primera otredad fue la naquitud y no la mujertud.

Las mujeres (de ciertos contextos), desde que somos muy pequeñas -de hecho, hay teóricas feministas que afirman que desde que el médico dice <<es una niña>>- somos adoctrinadas con toda una serie de estereotipos acartonados y expectativas de lo que debe ser una mujercita. Libros recientes como *Valientes e imperfectas* y *Rabia somos todas* abordan el tema de como la socialización <<femenina>> del ser recataditamesuraditaperfectalimpia princesa dulce afecta en el desarrollo psicosocial. Y cómo las mujeres que se salen del molde la dulce princesa son patologizadas o llamadas mandonasiracundastiranas y malas. El debate no es nuevo en el feminismo. Simone de Beauvoir en *El segundo sexo* hizo un extenso análisis de las diferencias de crianza que se da a una hembra humana y a un macho humano y cómo eso influye en el desarrollo de la personalidad, el habitar el mundo y en cómo el mundo te trata. Aunque estos análisis son originados en el feminismo blanco y relatan la experiencia de las mujeres/niñas blancas, que pasan por blancas o que están en procesos de blanqueamiento, sí definen la socialización de muchas mujeres. Aunque yo no lo llamaría socialización femenina, sino socialización femenina blanqueada/blanca.

Nunca me sentí identificada con la feminidad hegemónica: a mí me gustaba andar en bicicleta y adoptar sapos y jugar juegos de pelea en las maquinitas. Tampoco me gustaba usar el cabello largo ni los moños ni los vestidos ni los zapatos de charol. Ni bañarme. Pero no es algo que pueda decir a mis compañeras de escuela porque para encajar un poco tenía que fingir que me gustaba jugar con Barbie: de nuevo la feminidad *blanca/blanqueada*, que no solo es sexista, sino que está interceptada con la raza y la clase. No basta con ser una dulce princesa, hay que ser una dulce princesa con los modales del colono. Aunque nunca me sentí identificada con el modelo colonial de la hija del colono, fui socializando en la feminidad hegemónica/blanqueada y durante mis primeros años escolares viví en silencio palabras hirientes de mis compañeras de clase. Me sentía tan avergonzada que me

daba pena contarle a alguien que me decían pobre y naca, tenía claro que ser naca y empobrecida no tenía nada de malo, pero me hería que lo usaran como insulto.

Mi suerte cambió cuando me trague por completo un aromatizante de baño en berrinche porque mi papá no me dejó adoptar un gato callejero. Mi papá me llevó de emergencia a la farmacia del barrio. Era una pequeña botica que sostenía de cobrar veinte pesos por consulta y vender medicamento controlado a los cholitos del barrio. Ahí conocí a Ivone, la hijastra del médico. Hicimos click de inmediato. Ella también hacía toda clase de cosas radicales, como tomar cloro, para conseguir lo que quería. Le gustaba jugar bote pateado y los tazos y se robaba dos pesos del dinero de las totillas para las maquinitas. Me invitó a quedarse a dormir en su casa y lo que era una pijamada de fin de semana se convirtió en grandes temporadas de vivir en su casa y solo ir a la mía de visita o de entrada por salida.

Ivone vivía en una vecindad en una colonia periférica. Sus vecinos eran usuarios problemáticos de drogas y trabajadoras sexuales y adolescentes en conflicto con la ley y una familia de rarámuris. Su casa eran dos cuartos. En un cuarto estaba la estufa y el refri y una mesita. En el otro cuarto dos camas y una litera y una sala. Había chinches. Muchas chinches. Ivone era de las privilegiadas de la vecindad porque tenía baño propio, el resto de habitantes lo compartían. Me presentó a sus amigas y se convirtieron en mis amigas. Eran hijas de trabajadores de la construcción y trabajadoras sexuales y empleadas del hogar y vendedoras de ropa de paca en el tianguis. Además de que eran increíblemente divertidas y empáticas y solidarias, me gustaba mucho la relajación social. Ahí no tenía que fingir ser alguien que no soy ni cumplir con acartonados modelos de género. Podía ser sucia y grosera y enojona y nadie me juzgaba por ello.

Durante mi infancia y adolescencia en las mañanas convivía con niñas blancas o atravesadas por procesos de blanqueamiento y de clase alta o media alta que comían con modales finos y que la palabra más petarda que usaban era <<tonta>>. Niñas que no gritaban, que se contenían. Que de tanto contenerse eran pasivoagresivas. Que eran

unas verdaderas princesas odiosas y clasistas, pero princesas. Y en la tarde con morritas prietas que bailan cumbias y se sentaban a mirar a los danzantes ensayar mientras comían con malos modales duros preparados. Morritas con ropa sucia porque habían trabajado en el tianguis o lavado tres cargas de ropa.

Hago la distinción entre niñas y morritas no solo para marcar la diferencia entre la clase y la raza sino como semillita de algunos aportes teóricos que compartiré más adelante, aportes teóricos de la feminista María Lugones. Ella sostiene que la <<mujer>> es blanca: que las negras y de color siempre han sido consideradas como lo otro, como las bestias. Pero hago la distinción como un lugar de pertenencia y reivindicación. Yo soy una morra y luego seré una doña. Qué perra pereza ser una señora.

Todo esto pareciera anecdótico, pero no lo es. Es político. Porque lo que una vive en la infancia y en la adolescencia marcan el carácter y porque cada vez que alguien me pregunta por qué veo cosas que otras feministas no ven, cómo es que consigo llegar a ciertas conclusiones o tener tanta claridad mental y pulcritud de pensamiento contesto: porque me sobra barrio. Es verdad. Las que emergemos de los zulos, las que sabemos que la desigualdad se puede analogar con una sopa de fideo, tenemos la claridad mental que no dan los libros. Tenemos la claridad mental que te da rifártela en la vida loca. Jamás será lo mismo aprender de la desigualdad social leyendo a Marx mientras comes tres veces al día, que trabajando doce horas para comer dos. La experiencia orgánica es la experiencia orgánica. Y no es anecdótico, es político, porque las personas nos hemos tragado tanto el cuento de la blanquitud y el aspiracionismo burgués que los lugares que reivindicamos siempre tienen que ver con lugares que nos den caché. Por eso presumimos que leemos a Cortázar, pero no *El Libro Vaquero*. Por eso presumimos en redes sociales cuando comemos ramen de diseño, pero no un bolillo con crema. Presumimos nuestros lujos y triunfos, pero no nuestra derrotas y rincones sucios. Presumimos todo lo que nos dé blanquitud, porque desde luego la blanquitud tiene beneficios en un sistema racista.

A mí me interesa reivindicarme desde lo otro. Desde el ritual de escritora que no incluye whisky sino gorditas de chicharrón verde y una Coca-Cola de vidrio, desde la deuda que no acababa ni con cuatro jornadas laborales. Me interesa reivindicar las enseñanzas que me dejó trabajar en el tianguis, en la fábrica y en el call-center. Del ir a pedir fiadas las croquetas de mis bestias, del contemplar el horror sentada en la banqueta de un barrio bravo y no desde la Nota Roja sentada en el café de moda, de que duré tres meses para terminar este ensayo porque tuve que empeñar mi laptop en el Monte de Piedad. Para mí es importante que se sepa que viví en un barrio y que sentada debajo de un mural de la virgen de Guadalupe escuchando a mi amiga contar cómo su tío abusaba de ella, mientras de fondo sonaban Los Temerarios, entendí que el mundo era un lugar muy hijo de perro para las mujeres, sobre todo las de los zulos. Me interesa reivindicar que mi esposo y su familia –que ahora es mi familia– habitaron en un pie de casa en obra negra y que en esta familia periférica encontré un refugio a la crueldad del mundo. La multiformidad de la opresión y todas las caras de la violencia no me la enseñaron los libros, me la enseñó el barrio, y por eso me interesa posicionar sus saberes más allá del exotismo académico. Me enuncio desde aquí en honor a mi infancia, a mis amigas, a mi familia y en protesta a quienes criminalizan, bestializan y se burlan desde el clasismo de estas esquinas del mundo, pero también como parte de mi compromiso con la traición a mi blanquitud y el aspiracionismo burgués.

En el barrio aprendí que la desigualdad se puede analogar en una sopa de fideo. Los marxistas y personas de izquierda dicen que solo existen dos clases sociales: los de arriba y los de abajo, y que burgueses son «los que tienen los medios de producción». A esto le llamo fragilidad burguesa, que es la incapacidad de las clases sociales privilegiadas para reconocer sus privilegios de clase bajo un argumento teórico. Me suscribo al concepto de que los burgueses son de la clase media acomodada hacia arriba, entonces cuando digo burgueses no solo me refiero a los dueños de los medios de producción sino también a todas las personas de clase media acomodada y clase media alta.

Pero volvamos a la idea de la sopa. Me explico: la mamá de Ivone se iba los fines de semana a trabajar fuera de la ciudad y nos dejaba veinte pesos para comer. Ivone hacía la sopa de fideo con un consomate + pasta. Otra de mis amigas del barrio la hacía con jitomate y cebolla y pasta. Y la nana, porque quién cocina en tu casa también es político, de la única niña con la que hice amistad en el colegio la hacía con caldo de pollo y jitomate y cebolla y consomate y verduras. La desigualdad es multiforme porque las opresiones y el lugar que ocupas en el modelo económico también lo es y cómo y qué y quién prepara/s una sopa de fideo dice mucho de qué lugar ocupas en la matriz de opresiones. Esto pareciera una obviedad, sobre todo si viviste precariedad, pero hay gente que no lo entiende. Gente que gana más de diez mil pesos al mes y que dice que es empobrecida porque solo existen los ricos y los empobrecidos. Y que cuando se lo explicas con una sopa de fideo se sorprende, pero sigue negando sus privilegios. La comida es un derecho y los derechos no son privilegios, te dice. Los derechos son derechos, eso nadie lo discute, pero para acceder a ellos se necesitan privilegios de clase y raza. El primer problema que tenemos para aceptar nuestros privilegios es que pensamos que el problema está en cómo nos beneficiamos y qué hacemos con ellos, pero rara vez reparamos en cómo nos beneficia a nosotras de facto. El segundo problema es que cuando alguien nos señala un privilegio, por ejemplo, el de clase, en lugar de aceptar que tenemos un salario privilegiado nos tiramos al piso a llorar y decir: <<Pero si yo no soy Carlos Slim>>. No. Así no funciona, los privilegios se analizan respecto a ti y quienes están en desventaja y no sobre si y tu drama de quién tiene más que tú. No, Anasofi, no eres Carlos Slim, pero ganas el triple que el ochenta por ciento de los mexicanos y e experiencias vitales, poder adquisitivo y socialización por clase social te pareces más a Carlos Slim que a la señora que vende semillas afuera del metro. Abortemos la fragilidad blanca, pero también la de clase acomodada.

No se trata de que pidas/pidamos perdón por ser blancas o ganar quince mil pesos al mes, pero tampoco de que banalicemos la discusión con un hombre de paja burlándonos de quienes nos señalan los privilegios. No se trata, tampoco, de que

despoliticemos los análisis sobre la matriz de opresiones convirtiéndola en una olimpiada de opresiones. Se trata de que reconozcamos nuestros privilegios, los asumamos, entendamos cómo nos beneficiamos y cómo nos beneficia el sistema, y esto para que gestionemos ese privilegio de la forma más ética posible, pues no podemos gestionar éticamente algo que ni siquiera conocemos que existe.

Mi amistad con Ivone se fue a la verga porque se casó a los trece años. Sí. En los zulos las morritas ven como método de emancipación juntarse con su jaino. En casa lavan la ropa para toda la familia. Cocinan para toda la familia. Crían a sus hermanitos y sobrinos, así que les sales mejor las cuentas con formas su propia familia y atender solo a <<su viejo>>. Entonces me quedé sola con Leticia. Leticia fue mi amiga dos años más y se casó a los quince. Y hoy es un ama de casa feliz y yo soy feliz de que ella sea feliz.

Si de Ivone aprendí que la desigualdad es una sopa de fideo, de Leticia aprendí que la <<socialización femenina>> es un asunto de niñas, no de morras. Leticia me dio la primera lección de socialización femenina no atravesada por la blanquitud: no te quedes con la rabia. Un día le conté que saliendo de la secundaria rodeaba varias cuadras para llegar a mi casa porque una morrita de la vecindad de la avenida me decía de cosas cada que pasaba y que a mí me daba miedo, que no sabía cómo reaccionar. ¡Eres bien culo, güera!, me dijo. ¡Si no le cantas un tiro, te va a seguir chingando! La próxima vez que pases por ahí, avienta la mochila al piso, hazte un chongo y dile: ¡Véngase, perra!, y le pones sus putazos. Me quedé asombrada. Nada de amor y paz. Nada de: Tú eres fantástica, ignórala. No solo me dijo con toda la desfachatez del mundo que sacara mi rabia de forma violenta, sino que me amenazó: ¡Si me entero que rodeaste o que te dijo algo y no le respondiste te voy a romper tu madre para que se te quite lo pendeja! Luego me di cuenta de que era una forma de socialización. Su mamá decía lo mismo: Si te dejas humillar, te rompo tu madre. Sus tías decían <<perra>> de cariño. Las niñas de mi colegio decían <<nena>>. Lety me decía culera. Las niñas de mi colegio se tapaban la boca para eructar. Lety y Laura y Lupita y yo competíamos a ver quién eructaba más fuerte. Las mamás de las niñas de

mi colegio estaban hartas del marido y de ser amas de casa y las doñas que crían en los barrios trabajan en los tianguis y en las esquinas y en las fábricas y lavando ropa de las mamás de las niñas de mi colegio. ¿Te queda duda de que la feminidad de la hija educada del colono es producto de la colonialidad del ser y la blanquitud? Revisa el estereotipo de la mujer negra enojada.

Siendo este mi contexto de la infancia, pre y adolescente, el de las mujeres trabajadoras que siempre estuvieron en un espacio público trabajando. Mujeres que teorizan mientras abren la ropa de la paca nueva. Mujeres libres que se meten a nadar con brasier y pantaletas. Mujeres que de rompen el hocico si les tiras una indirecta. Mujeres que dicen: ¡Chingas a tu puta madre y vete a la verga!, si las haces enojar. Y pinche perra, de cariño. No entendía de qué iba el feminismo. No entendía ese feminismo de las mujeres del cuarto propio, porque yo emergí de un zulo.

GENEALOGÍA DE LA RABIA

Antes de hacer críticas muy puntuales al feminismo del cuarto propio o feminismo blanco o feminismo hegemónico o radical me interesa hacer un breve resumen sobre el feminismoTM, para que tengamos el mismo marco conceptual y un piso teórico básico. Entonces empezaremos por definir: ¿qué es el feminismo? El feminismo <<es la idea radical de que las mujeres somos personas>>. El feminismo es un conjunto de teorías, agendas, reivindicaciones y praxis que buscan la liberación/empoderamiento/emancipación de las mujeres.

Muchos hombres (y mujeres), sintiéndose críticos, preguntan: ¿y si el feminismo busca la equidad, por qué se llama feminismo y no igualitarismo? ¿Si quieren equidad, por qué no se llama humanismo? La respuesta pareciera obvia, pero para mucha gente no lo es: la emancipación de las mujeres no está concretada. En TODOS los contextos ser mujer es enfrentarte a la violencia sexista, machismo, discriminación y opresiones cuando el sistema sexo/género se intercepta con la clase y la racialización. En México todos los días son asesinadas nueve mujeres, muchas de

*Este capítulo pertenece a De la Cerda, D. (2023). Desde los zulos. México: Sexto Piso, pp. 11-46.

ellas menores de nueve años. Las mujeres víctimas de feminicidio son violadas y vejadas de una y mil maneras antes de morir asesinadas. Ocurre una violación cada cinco segundos. El acoso sexual inicia en promedio a los siete años. El aborto en muchos contextos aún se castiga con cárcel. En algunos países las morritas que están menstruando son enviadas a las chozas de la menstruación y muchas mueren por picaduras de serpientes. Ablación del clítoris. Abortos selectivos cuando el feto es hembra. Matrimonios forzados de menores de doce años. Criaturas de diez años llevando a término embarazos producto de violaciones. Trans-feminicidios. Despojo de territorios a naciones indígenas. Esterilizaciones forzadas a mujeres racializadas y empobrecidas. El feminismo se llama feminismo porque busca equilibrar a favor de las mujeres una que balanza históricamente ha estado y aún está desequilibrada. Además, ¿iguales? ¿A quién? Si ni entre hombres son iguales.

Otra de las objeciones en contra del feminismo es que el feminismo de antes era el perrón: las feministas de antes luchaban por poder votar, por poder estudiar y las feministas de ahora luchan por dejarse crecer los pelos de las axilas y subir fotos de sus copas menstruales con sangre. Lo explicaré con peras y manzanas: el feminismo se compone de teoría, agenda, praxis y reivindicaciones. Luchar por conseguir el acceso al aborto legal forma parte de una agenda y visibilizar que la sangre menstrual no es impura ni sucia ni apestosa es una reivindicación. Y - ¡sorpresa!-, no son mutuamente excluyentes. Para explicar las diferencias entre teoría, agenda, praxis y reivindicaciones usaré las Olas Feministas como ejemplo. No estoy de acuerdo con la organización de la genealogía feminista a través de Olas porque invisibiliza los aportes de las mujeres negras y de color, pero me parece una sistematización útil para ejemplificar estos conceptos.

¿Qué es una agenda feminista? La agenda feminista corresponde a los ¿qués?, y para explicar usaré como ejemplo la Primera Ola del feminismo. Las feministas de la Primera Ola se enfocaron en señalar que las mujeres también son ciudadanas y por lo tanto sujetas de derechos. De la mano de estas afirmaciones viene la agenda. Una vez que demostraron que las mujeres son ciudadanas y que, ergo, deben tener los

mismos derechos que los varones, se especificó qué querían, qué pedían, qué necesitaban para emanciparse. La agenda en la Primera Ola era básicamente una: el voto femenino.

La Primera Ola es la más usada por los detractores del feminismo para señalar que ESAS eran las feministas chingonas y rifadas. Las que pedían igualdad de derechos. A esas peticiones se les llama agenda: poder votar, poder divorciarnos, tener certeza jurídica dentro del matrimonio, tener derecho a la herencia y propiedad de la tierra, la justicia reproductiva, el respeto a la identidad de género, el matrimonio civil entre lesbianas, los espacios libres de acosos sexual, la abolición de la esclavitud, entre otras libertades elementales, se llama agenda feminista. Y por cada victoria en la lucha o por cada punto de la agenda tachado hay diez que todavía no se concretan. La agenda feminista hoy en día sigue enfocada a libertades y derechos humanos básicos.

Por contestar a quienes dicen que las feministas de antes eran las chidas y que las de ahora solo son unas histéricas gritonas que salen a marchar en pelotas: en México hay un chingo de mujeres que se la rifan para conseguir cambios específicos en situaciones urgentes. GIRE, que desde la vía legal busca garantizar derechos sexuales y reproductivos. Sabuesas Guerreras, que escarban con entrenamiento pericial en fosas clandestinas para buscar restos mortales de personas desaparecidas. Nuestras Hijas de Regreso a Casa, que lucha contra el feminicidio y acompañan a familias que buscan a sus hijas. Equis, Justicia Para Las Mujeres, que trabajan en morar el sistema judicial y que hacen trabajo de incidencia dentro de las prisiones. Hay mujeres ahora mismo luchando contra las esterilizaciones forzadas en Chiapas. Contra el despojo de tierras sagradas. Contra la violencia política en los barrios. Hay morras ayudando a otras a abortar al margen de la ley. Hay morras pelando custodias y pensiones. Dando clases de autodefensa en las secundarias de la periferia. Las feministas de esta época no son tan distintas a las de otras épocas, la diferencia es que mientras luchamos de formas concretísimas por conseguir la liberación de la mujer, nos tomamos fotos de las axilas peludas como parte de una reivindicación.

La genealogía tradicional (hegemónica) de la teorización de la diferencia sexual y la problematización de las desigualdades entre hombres y mujeres nombrada como feminismo se inaugura con la publicación de la *Declaración de los derechos de la mujer y de la ciudadana*, de Olympe de Gouges, y la *Vindicación de los derechos de la mujer*, de Mary Wollstencraft. A la publicación de estos dos textos, junto con el movimiento sufragista, se le conoce como Primera Ola. Pero si hablamos de feminismo como posicionamiento político, entonces tenemos que decir que inicia con la Ilustración. Sin embargo, antes de que las luchas por la emancipación de las mujeres se nombraran como feminismo hay muchos ejemplos de insurgencia, rebeldía y praxis que problematizaron la opresión de las mujeres, lucharon por emanciparlas y que se escaparan de los roles tradicionales. La lucha por la emancipación de las mujeres no inició con las blancas y europeas. Antes de que a toda rebeldía y emancipación y búsqueda de la liberación se le nombrara feminismo había mujeres rebeldes luchando contra todas las formas de opresión. Estaban las brujas, las chamanas y las negras armando quilombos. Rosa Parks y su poderoso ¡NO! La lucha contra la jerarquización social precede al feminismo.

Durante la Primera Ola aparecen las primeras diferencias entre las mujeres de clase media y alta y las obreras y las racializadas. Las primeras querían el derecho al voto, las segundas derechos laborales e igualdad de salarios, y las terceras la abolición de la esclavitud. Sojourner Truth, feminista negra poco mencionada en las genealogías tradicionales del feminismo, pronunció en una convención de mujeres un discurso llamado <<¿No soy una mujer?>>, para dejar claras las diferencias entre las blancas y las otras. A estas diferencias las llamaré a lo largo de este texto como diferencias entre feministas del cuarto propio y de los zulos.

Agenda= ¿Qué derechos, libertades, aboliciones o emancipaciones nos faltan por concretar?

La agenda responde a la pregunta: ¿qué?

La Segunda Ola del feminismo inicia en los años sesenta y es el boom de la teoría feminista. En esta época se escribieron los <<grandes clásicos del feminismo>>. La teoría es que, por medio de ejercicios intelectuales, de investigación, observación y reflexión podemos problematizar, cuestionar y buscar explicaciones y consecuencias del trato diferenciado y jerarquizado, de las diferencias entre mujeres y sus diferentes contextos, experiencias vitales e intersecciones de clase y raza.

La Primera Ola se enfocó en las desigualdades legales y la Segunda Ola en las desigualdades estructurales y en buscar los porqués. Se problematizó el matrimonio como institución de opresión. La familia como instrumento de la esclavitud. La maternidad como construcción cultural. Se habla por primera vez del derecho al aborto. Del control de la natalidad. De la mujer como objeto de consumo. De la industria del porno como propaganda de odio contra las mujeres. El segundo sexo. Nuestra sangre. La mística de la feminidad. La dialéctica del sexo. Política sexual. Los aportes teóricos son muchos: el problema que no tiene nombre y es ese aburrimiento de las esposas que tienen todo, pero son infelices, porque ninguna mujer tiene un orgasmo mientras lava la ropa. Andrea Dworkin pidiendo una tregua veinticuatro horas sin violaciones sexuales. Analizar cómo a lo largo de la historia la fuerza de trabajo de las mujeres ha sido usada de forma gratuita en nombre del amor. El amor es el opio de las mujeres. Se traslada el materialismo histórico y la dialéctica marxista al feminismo: para que exista un oprimido se necesita un opresor. Las mujeres son una clase sexual oprimida por una clase opresora: los varones. Se analizan los orígenes del patriarcado. Se dice que surgió cuando se reemplazó el arado por el azadón. Se dice que no, que fue cuando los varones descubrieron el papel del macho en la procreación. Se dice que no, que fue cuando el alfabeto desplazó a la diosa porque se empezaron a valorar más las actividades realizadas con la parte izquierda del cerebro. Se dice que no, que fue cuando Prometeo les enseñó el truco del fuego a los varones.

En la Segunda Ola surgen las dos grandes ramas del feminismo: de la igualdad y de la diferencia. El de la igualdad dice que las mujeres y los hombres somos iguales

y que lo que nos hace <<diferentes>> es la crianza diferenciada. Señala también que las mujeres somos capaces de hacer cualquier cosa que hagan los varones y que la meta es que niñas y niños sean criados con las mismas permisiones y los mismos límites. Y el de la diferencia, por su parte, sostiene que las hembras humanas y los machos humanos claramente no somos iguales y que el problema no es la diferencia sino la lectura que se le da a esa diferencia y que entonces la solución no está en parecernos a ellos sino en reivindicar lo femenino y dejar de usar la diferencia sexual como excusa para la jerarquización. La Segunda Ola es ilustrativa de la teoría feminista.

Teoría: Problematicar, buscar cómo, cuándo, por qué y qué es.

Agenda: identificar un problema y proponer una solución.

Si bien el feminismo de la Primera Ola ejemplificó las bases de lo que es una agenda feminista (muy sesgada, por cierto), y la Segunda Ola la teoría, la Tercera es la de las reivindicaciones. Aunque si hay grandes aportes teóricos como la teoría queer, con exponentes extraordinarias como Butler y Preciado y Diana Pornoterrorista y Despentes e Itziar Ziga. Y todas ellas llegan a la conclusión de que las reivindicaciones de todo aquello que se considera abyecto son importantes. Surge la poderosa reapropiación del insulto. Es importante hablar de orientación sexual como identidad, porque <<puto>> es la última palabra que escuchan decenas de maricones antes de ser asesinados. Es importante dibujar las vulvas en todos los espacios porque la vulva ha sido el sexo invisible durante siglos. Se tiene que hablar de menstruación porque hay jóvenes que son excluidas de sus comunidades mientras están sangrando. Se necesita hablar de cuerpo múltiples porque por años hemos visto modelos hegemónicos de belleza que han hecho estragos en nuestra autoimagen. Se necesita hablar de que las gordas son bellas porque cada año miles de mujeres mueren por trastornos alimenticios. Pero desde luego que, si eres un hombre blanco, heterosexual, clase media/alta, guapo y no perteneces a la diversidad funcional, los movimientos

identitarios deben parecerte una estupidez porque tú perteneces a una hegemonía y eres la norma y medida. Aplica también para las mujeres. Sobre todo, para las feministas blancas y de clase media y guapas, que dicen que no existen varios feminismos, sino un feminismo: el feminismo que lucha contra la opresión. Esas feministas del cuarto propio afirman que el feminismo negro no es necesario porque dividirnos entre negras y blancas nos separa. Sí, las personas que dicen que los movimientos identitarios no son importantes son las mismas que lo dicen: No veo negros ni blancos ni jotos ni lesbianas ni hombres ni mujeres: veo personas. Dan ganas de decirles: Chingas a tu macho padre. Pero es mejor citar a Michelle Haimoff: <<Las mujeres negras se despiertan por la mañana, se miran al espejo y ven mujeres negras. Las mujeres blancas se despiertan por la mañana, se miran al espejo y ven mujeres. Los hombres blancos se miran al espejo y ven a la humanidad>>.

En la Tercera Ola siguen los movimientos de cuerpos múltiples y los movimientos identitarios LGBTTTI. Ser lesbiana no es solo una orientación sexual, es un lugar de resistencia y un posicionamiento político. Estos movimientos señalan la importancia de nombrarse desde la otredad: desde la poderosa reapropiación del insulto. Es la lucha de las maricas y las trans y las machorras y las putas y las deformes y las negras y las gordas por su derecho a existir desde la diferencia, sin que esa diferencia se traduzca en discriminación. En la Tercera Ola se habla de orgasmos porque solo una de cada diez mujeres heterosexuales tiene una vida sexual plena. Se habla de pelos en las axilas porque por siglos los hombres peludos nos han hecho sentir sucias por ser seres humanos y tener vello y estrías y celulitis. Pero sucede que lo que es reivindicable para una puede no serlo para otra. Para muchas feministas blancas desnudarse en las marchas es una rebelión potente contra la mojigatería bajo la que fueron criadas. Sin embargo, para las feministas negras la desnudez no es, siempre, una reivindicación ni un acto de rebeldía porque, como señala la teórica negra Yuderkys Espinosa, las negras siempre han estado desnudas tanto como objetos de estudio en museos y zoológicos humanos como en el imaginario racimachista que las exotiza. Para las mujeres negras el cabello afro es reivindicable y los turbantes y

las trenzas y el color de su piel y sus cuerpos grandes y poderosos. Todo lo asociado a la racialidad y todo eso por lo que han sido bestializadas y discriminadas y violentadas. Las mujeres musulmanas, sobre todo las que viven en Occidente, reivindican el uso del burka y el hiyab. Para ellas no es solo religión es cultura y es identidad y es resistencia porque son acosadas y violentadas de formas terribles por llevarlo. Para otras mujeres la reivindicación está en sus ojos rasgados. Para otras en las estrías o en la desnudez de sus cuerpos no perfectos. Lo que se reivindica es ahí donde fuiste herida, donde fuiste insultada. Eso que usan para decirte sucia y mala y loca y puta y negra y machorra y marica y no merecedora de derechos. Ese lugar abyecto es tu lugar de reivindicación. Subir fotos de sangra menstrual y dibujar vulvas y subir fotos de nuestras estrías y vello corporal tiene como objetivo visibilizar y normalizar y quitar el estigma.

Las feministas del cuarto propio siempre quieren ir más allá en sus críticas bajo la premisa de que ellas van a la raíz. Entonces critican a las pobrecitas morras por defender el hiyab porque, ¿cómo puedes defender un símbolo de opresión? Critican a las negras por mover <<el culo de forma tan sucia ¡cómo se atreven a bailar reggaetón de esa forma! ¿Por qué se hipersexualizan?>>. Me parece muy curioso que las veces que otras feministas me han preguntado qué opino de las mujeres que se hipersexualizan sus ejemplos han sido mujeres negras. Mujeres a las que someten al escarnio por vivir una sexualidad distinta a la blanca conservadora. Las mujeres negras y de color se saben sexualmente poderosas y desde tiempos ancestrales han usado la danza para conectarse con las energías de sus ancestros y encontrar poder y resistencia que habitan dentro de ellas. No bailan sucio, tú estás midiendo con tus parámetros morales.

Estas feministas que van a la raíz y critican a las gordas por subir *nudes* <<porque cómo suben fotos de sus culos gordos, qué les pasa, eso no es feminismo>>. Nada que le pare la verga a un hombre es feminismo, dicen. Señalan que los movimientos de los cuerpos múltiples le siguen el juego al capitalismo de usar a los cuerpos como objetos de consumo y que lo que se tiene que abolir es la obligación de

ser bella y no ampliar el concepto de belleza. ¿Ah, sí? ¿Y cómo se abole la obligación de belleza? Porque para mí mientras haya mujeres que al mirarse al espejo lo quieran romper porque se sienten feas la solución no está en decirles: <<Lo bello no existe>>, sino: <<Existen muchas formas de ser bella>>. Es más práctico. Por eso la representación es importante. Que las niñas vean en revistas y series de televisión mujeres gordas y negras y <<feas>> y que no encajan dentro de los parámetros de belleza y que triunfan y son poderosas y hacen cosas grandes les envía un mensaje de poder. Decir: <<Hay que abolir la obligación de ser bella>> es una frase retórica, y ya. A las críticas, a las reivindicaciones de otras que están atravesadas por el racismo o clasismo se les conoce como *purplewashing*. El *purplewashing* es cuando se unas al feminismo como excusa para reproducir otros sistemas de opresión. El *purplewashing* es decir: <<Negra tonta, deja de perrear tan sucio que nos dañas a todas>>. Puedes seguir haciéndolo. Pero no digas que eso ser crítica o feminista, tan solo estás siendo básica, racista y clasista.

Reivindicación: quitarle el estigma a lo que se considera abyecto o lo otro.

Finalmente llegamos a la praxis. La praxis feminista es acción. La praxis es fácilmente confundida con la amistad: abrazar a tu amiga no es una praxis feminista, es una manifestación de cariño. Praxis es acompañar abortos, tapizar la ciudad con carteles de mujeres desaparecidas, denunciar el racismo y hacer de tu espacio un espacio antirracista. Praxis es tallerear con mujeres en contacto con el sistema penitenciario, dar asesoría jurídica a mujeres en situación de violencia o divorcio, poner un comedor comunitario para la comunidad LGBTTTI; praxis es donar preservativos y lubricantes a trabajadoras sexuales organizadas, praxis es respetar los pronombres de las personas trans y no binarias. Praxis es poner el cuerpo. Las machas no son una praxis, son una estrategia.

En esta breve historia del feminismo podemos notar que la genealogía dividida en Olas visibiliza solo el feminismo del cuarto propio; el de las mujeres blancas y con privilegios. Esta división deja fuera a las negras y de color. Ellas siempre estuvieron presentes. Durante la Segunda Olas del feminismo se publicaron grandes obras de Angela Davis y bell hooks y Audre Lorde y antologías de feminismo negro y chicano y tercermundista. Pero no aparecen en las cronologías porque la narrativa está dominada por el feminismo de los cuartos propios e invisibiliza a las que emergen de los zulos. La invisibilización también es racismo.

Desde mi apuesta epistemológica dividiría el feminismo en dos grandes grupos: el feminismo que nos señala que nos unamos todas en torno a la opresión de tener vulva. A esto lo llamo feminismo blanco o feminismo de los cuartos propios. Y el feminismo que teoriza y genera agendas y alianzas a partir del concepto de matriz de opresión, este es el feminismo de los zulos.

Feminismo radical: la mayonesa del feminismo.

La primera vez que escuché la palabra feminismo como movimiento que busca emancipar a las mujeres fue la primera vez que googleé la palabra aborto. Estaba pasando por un embarazo no deseado y quería saber cuáles eran mis opciones. En el feminismo encontré las opciones y la información y el acompañamiento. Entonces quise saber quiénes eran esas mujeres que del otro lado del mar me decían <<todo va a estar bien>> mientras yo abortaba al margen de la ley del Estado y de la Iglesia. Busqué en la biblioteca y en internet bibliografía básica recomendada. Leí *El segundo sexo* y me pareció un análisis extraordinario. Mis problemas llegaron con *La mística de la feminidad*, *La dialéctica del sexo* y *Política sexual*. Entendía el análisis sobre el origen de la opresión de las mujeres y entendía las problemáticas que planteaban, pero no lo graba empatizar con esas problemáticas porque yo venía de otro contexto: el de los zulos.

En mi contexto no había esa dicotomía entre lo público y lo privado porque las mujeres que me rodeaban siempre habían estado en la calle y en el campo y en la casa de otras mujeres trabajando. Tampoco entendía ese hartazgo al marido porque a mi alrededor había pocas mujeres casadas y las que lo estaban enfrentaban problemas mucho más graves que el tedio: la violencia feminicida. No sabía porque pedían regresa a trabajar si todas mis ancestras, incluidas las de épocas anteriores a los años sesenta, habían trabajado en el espacio privado -la familia- como en el espacio público -sembrando en el campo-. Leía sobre una feminidad construida a partir de la fragilidad y el decoro sexual y recordaba a las tías de Lety metiéndose a la alberca en calzones y chichero sin importar que una vez mojadas por el agua dejaran ver sus pezones y vello púbico. ¿Fragilidad y debilidad? Pero si mi mamá cargaba en la cabeza hasta veinte litros de agua desde el río hasta su casa y mis amigas armaban solitas armazones de tianguis de varios kilos. Me sentían como se sienten las personas del sur global cuando leen los problemas de la gente euroblanca de clase alta. No le entendí al feminismo. No en ese momento. Ese feminismo no reflejaba ni la feminidad ni las necesidades de las mujeres como mis hermanas y amigas, ni mis necesidades. El feminismo de los cuartos propios ni me estaba explicando la vida ni me estaba resolviendo nada.

Esto no es casual. La gran mayoría de las teóricas que están legitimadas en la academia y que son difundidas como las creadoras de las bases teóricas feministas son blancas y de clase alta, feministas del cuarto propio. Las feministas del cuarto propio son feministas blancas (o con el pasar por blancas o mestizas o blanquedas) y de clase media/alta que disponen de tiempo y empleadas y dinero suficiente para acumular capital cultural y privilegios epistémicos y desde ahí teorizar. Teorizar desde los privilegios genera aportes interesantes, sobre todo si se apuesta a teorizar para la liberación, pero se corre el riesgo a generar análisis a partir del privilegio, porque todo lo vemos desde el privilegio y el contexto. Entonces, si tu contexto es ser una mujer de clase alta y blanca y con estudios universitarios que jamás ha vivido racismo y que jamás ha camellado durísimo por un plato en la mesa, en natural que tus

preocupaciones sean el aburrimiento y el acceso a puestos de mando y el derecho al voto y el número de escritoras que son publicadas cada año. Pero en los zulos hay mujeres cuya necesidad vital es un plato de comida y un mejor salario y tiempo para criar a sus hijos y protegerlos del racismo de la política.

Entonces diremos que el feminismo blanco es teóricamente importante, pero carece de muchas perspectivas y formula agendas que solo benefician a las que más tienen y no a las que menos tenemos. ¿Quién barre los trozos de cristal de los techos que rompen las mujeres blancas?

Soy una resentida social pero no odio los aportes del feminismo blanco o del cuarto propio o radical, aunque sí considero a muchas feministas que le dieron forma como mi antítesis. Pero agradezco sus aportes porque muchas de ellas sentaron las bases de teorizaciones que fueron vitales para debatir a la hora de luchar por nuestros derechos, sobre todo la poderosa premisa: lo personal es político. Pero es importante visibilizar que todos los conceptos que demos por hecho como patriarcado y las consignas que repetimos como <<únete en torno a la misma opresión>>, o los libros que consideramos vitales, como *La mujer eunuco*, están donde están por la visibilidad de facto que tienen las mujeres que los escribieron, visibilidad que forma parte del privilegio de estar en partes altas de la jerarquización social. Y, desde luego, que no conozcamos conceptos como matriz de opresiones y sistema sexo/género, o libros como *Esta puente, mi espalda* tiene que ver con lo que en los estudios descoloniales se conoce como colonialidad del saber y que no es otra cosa que los conocimientos que son generados por las personas blancas que habitan el primer mundo son los conocimientos que se convierten en hegemonías epistémicas. Mientras que los conocimientos que surgen del sur global o son pensados por personas de color no son tomados en serio. Las blancas del cuarto propio escriben teorías que son internacionalismos y las negras escriben para dividir al movimiento, dicen.

Cuando estudié filosofía los padres de las epistemologías y las hermenéuticas y las ontologías y los aparatos críticos me decían: piensa y luego existes. Pero encontré a mis gurús de colores y me dijeron: siente y sé libre.

En la Segunda Ola nace la rama más <<crítica>> del feminismo: el feminismo radical. Por feminismo radical muchos entienden a esas feministas que rayan paredes y que salen desnudas a protestar por los crímenes de odio contra las mujeres. Lees dicen radicales a esas que abiertamente dicen que sí odian a los hombres y citan a Valerie Solanas. Eso no es el feminismo radical, esas son posturas y praxis individuales. El feminismo radical es una corriente teórica que afirma que existen dos clases, la oprimida y la opresora, y el género es la herramienta de opresión. El feminismo radical es el heredero del marxismo y la dialéctica y el materialismo histórico, entonces señala que las mujeres son/somos una clase sexual oprimida. Lo que nos convierte en una <<clase>> es que compartimos una supuesta capacidad reproductiva y características sexuales específicas, es decir una materialidad. Entonces para el feminismo radical la base de la opresión es el sexo. Y la herramienta de opresión es el género. Y postula que para concretar la liberación de las mujeres hay que abolir el género.

Estudí filosofía y por lo tanto la estructura de los argumentos es importante para mí y, desde que escuché la frase <<la base material de la opresión es el sexo>>, me pareció problemática como premisa. Esa redacción afirma -sin querer- que la opresión sí tiene justificación y esa justificación es la diferencia sexual. La premisa está mal redactada y si razonamos mal, conceptualizamos mal, y, como dice Celia Amorós: si conceptualizamos mal, politizamos mal. El problema no son los genitales, ni la supuesta capacidad reproductiva ni la vulva. La opresión de la mujer no tiene bases ni justificación, tiene una estructura: la jerarquización. El problema es la jerarquización, no el dato biológico. No es la materialidad, es la interpretación de esa materialidad. La opresión no tiene base material, tiene estructura ideológica. Y no existe una sola jerarquización, existen varias e interactúan entre sí.

Cuando he planteado que la premisa <<la base de la opresión es el sexo>> es una falacia (o varias) me preguntan: ¿cómo deciden a quién córtale el clítoris? ¿Cómo

deciden a quién matar en la selección de fetos por sexo? Desde luego, para decidir a quién violar los violadores de mujeres seleccionan a su víctima por inmediatez: el sexo (o la lectura sexualizada inmediata). Pero no es el sexo lo que mata o justifica, es la interpretación que se le da a ese dato biológico y es la jerarquización y la infravaloración. Hay una diferencia semántica y simbólica y lógica enorme en decir: <<la base de la opresión es el sexo>>, a decir, <<la opresión no tiene bases ni justificaciones>>. La opresión se articula en la jerarquización que se hace a partir de interpretaciones machistas/racistas/clasistas de datos biológicos. Nuevamente: si razonamos mal, politizamos mal. ¿Cómo tomar por plausible una apuesta teórica que está basada en una premisa falsa o <<mal redactada>>? ¿Por qué damos por hecho estos aportes teóricos si desde una sintaxis son sumamente problemáticos? Porque los hicieron feministas del cuarto propio que por la colonialidad del saber están legitimadas per se, aunque digan pendejadas.

Las feministas radicales buscan, en teoría, abolir todo lo que signifique explotación para las mujeres: el matrimonio y la pornografía y la prostitución y la maternidad. Pero tienen sesgos cognitivos y teóricos y éticos muy cabrones y se enfocan específicamente en aquellos tópicos que les causan incomodidad, como el trabajo sexual. En todas las relaciones que impliquen el intercambio de la fuerza de trabajo por dinero o capital cultural o político, habrá cierto grado de injusticia, inequidad o explotación. Pero si en el trabajo sexual ves explotación y no lo ves en limpiar baños llenos de mierda y sangre menstrual y quieres abolir la primera, pero la segunda te da básicamente igual, no solo tienes que revisar tus valores éticos, sino también tu capacidad de argumentación, porque se necesita ser muy torpe intelectual y éticamente para creer que hay explotaciones patriarcales y otras llenas de poesía. Pudiera parecer inocente o incluso éticamente correcto buscar la abolición de la prostitución. Pero a qué decides apostarle toda tu energía y qué denuncias y qué quieres abolir y qué pides y cuál es tu agenda habla sobre si eres una feminista del cuarto propio o de los zulos.

El feminismo radical quiere abolir todo lo que signifique explotación, *pero ven como la violencia primera al género*. Entienden género como un conjunto de roles y características y cualidades e imposiciones y limitaciones impuestas con violencia a la clase sexual de las mujeres. Consideran que la feminidad es una herramienta que usaron los varones para domesticarnos. La feminidad es un fetichismo y una fantasía de los varones impuesta a las mujeres, afirman. Entonces hay que dinamitar la feminidad y el género. Por abolir el género entienden que no existan cosas de mujeres y de hombres, sino que cada quien haga lo que le cante el culo. Que los hombres puedan maquillarse y las mujeres raparse. Que las mujeres puedan ser matemáticas y los hombres cocineros. Estos aportes son importantes porque definieron por primera vez qué es el patriarcado y qué es el género y a las mujeres como una clase sexual. Pero no son incuestionables ni representan las tablas de la ley de la liberación femenina, ni mucho menos son dogmas porque de hecho son muy problemáticos y miopes. Por ejemplo: al patriarcado lo definen como una mega-estructura de sistemas culturales y simbólicos y económicos y políticos que favorecen a los hombres por encima de las mujeres. La idea de las mujeres como clase sostiene que las mujeres son una clase sexual oprimida a partir del sexo y que la clase opresora es la de los varones y que el género es el mecanismo de la opresión. Sin embargo, las feministas negras y de color desde los años setenta han criticado el concepto de patriarcado y género e incluso opresión. Han hablado fuere en libros como *Escucha mujer blanca*. Sin embargo, parece que no las hemos estado escuchando, porque todas seguimos diciendo tonterías como que todas las mujeres estamos oprimidas.

Las feministas del cuarto propio, al ver la jerarquización sexual como la máxima opresión, ocupan todo su tiempo en eliminar aquello que desde su perspectiva esté atravesado por esa opresión, por ello se enfocan únicamente en tópicos que tienen que ver con la vulva. La teoría radical les explicó que la dialéctica de la opresión es sobre lo sexual. En cambio, las mujeres de los zulos están luchando contra el racismo y el clasismo porque la experiencia orgánica les ha enseñado que la jerarquización sexual está contactada con la jerarquización racial y la social.

*Este capítulo pertenece a De la Cerda, D. (2023). Desde los zulos. México: Sexto Piso, pp. 11-46.

Si teorizamos mal, proponemos agendas sesgadas que no representan las necesidades de todas las mujeres.

Las feministas de los zulos han problematizado todas las teorizaciones del feminismo radical. Han criticado, por ejemplo, que el feminismo blanco ha usado la figura del patriarcado como LA macro-estructura. El problema del término patriarcado consiste en que es limitado para denunciar las violencias estructurales que viven las mujeres, porque la opresión no es una, sexo/género, sino varias, y no está construida siempre y únicamente en la jerarquización sexual, y NO todas las mujeres están oprimidas. El concepto de patriarcado coloca a la opresión por jerarquización sexual como EL sistema, y no, así no funciona. Y así no funciona porque los sistemas de dominación son más complejos que la jerarquización sexual. El concepto de patriarcado deja fuera las opresiones de clase y raza que estarían conectadas con las opresiones de género/sexo. El concepto de patriarcado es inexacto porque, si nos ponemos estrictas, la opresión exclusiva de género/sexo no existe sin las interacciones de clase y raza, porque muchas libertades restringidas a las mujeres pueden ser compradas. ¿Cuáles? El aborto, por ejemplo. No. El patriarcado no es un monstruo enorme que, sentado en una mesa de madera, brinda: salud por la opresión de la mujer. El patriarcado tampoco es un kraken cuyos tentáculos son la clase y la raza y la orientación sexual. Estas analogías usadas por el feminismo radical dejan claro que sí jerarquizan las opresiones y que para ellas la opresión máxima o el monstruo son las relaciones dicotómicas entre sexos, y las que se articulan a partir de la clase y raza son accidentes.

Para solucionar la miopía teórica del término patriarcado las feministas marrones propusieron conceptos como matriz de opresiones y relaciones patriarcales. El término relaciones patriarcales es más exacto porque coloca a la jerarquización entre sexos como uno de varios sistemas de opresión, pero no el único ni el más importante. Las relaciones patriarcales se articulan con otras de jerarquizaciones

sociales porque la clase y la raza y la orientación sexual y la identidad de género y la diversidad funcional no se tratan de simples variables o complementos sino de jerarquizaciones violentas, y aunque no existe una olimpiada de las opresiones sino que todas interactúan entre sí en lo que se conoce como intersección de opresiones, definitivamente no es lo mismo ser blanca de clase alta que indígena de la sierra de Guerrero, ni hombre blanco y burgués a afrodescendiente empobrecido. Y es importante señalar estas diferencias, porque no todas las mujeres somos oprimidas, algunas vivimos discriminación y violencia de género, pero no somos oprimidas.

Teniendo en cuenta que son pocas las opresiones que obedecen solo al <<género>> y que hablar de patriarcado es miope e inexacto, es claro que no es ni simbólica ni semánticamente lo mismo hablar del patriarcado como LA marco-estructura a hablar de relaciones patriarcales que puedan operar de forma paralela con otras relaciones de jerarquización sin que ninguna sea LA opresión. Es claro que el concepto de matriz de opresión es mucho más amplio y plausible que patriarcado. Sin embargo, que jamás hayamos cuestionado el concepto de patriarcado y que no conozcamos conceptos tan pulcros teóricamente como matriz de opresiones o sistema sexo/género, también tiene que ver con la supremacía blanca.

Si teorizamos desde la razón blanca, proponemos soluciones desde la perspectiva de las que más tienen y dejamos fuera a las que menos tenemos.

Hago aquí un paréntesis. La matriz de opresiones y las relaciones patriarcales y la intersección de opresiones son conceptos feministas que buscan hablar sobre LAS MUJERES y sus diferencias vitales, y sobre varones racializados y no para que los hombres blancos se tiren al piso a llorar y decir: nosotros también sufrimos. Está claro que los hombres también sufren, sobre todo si están en los lugares menos privilegiados de la matriz de opresiones. Y analizar que no es lo mismo un varón blanco heterosexual y burgués que uno empobrecido y racializado y que hay que cuidar no reproducir sistemas de opresión a la hora de buscar soluciones contra la jerarquización

sexual, es vital. Pero estas teorizaciones no son para que hombres blancos que siempre han sido la medida en los órdenes jerárquicos se tiren al piso a llorar o desacrediten las demandas feministas: agarren el pedo, señores.

Las mujeres blancas que han monopolizado el discurso feminista señalan que el género es la violencia primera: una imposición sobre el cuerpo de las mujeres, del cómo deber ser. No obstante, en este concepto solo toma en cuenta su experiencia y a partir de ahí definen qué es una mujer y qué es opresión y qué es feminidad, esto no solo desde presuntos <<parámetros patriarcales>>, sino desde su propia experiencia. Por ejemplo, cuando hablan de que una imposición de género es tener una sexualidad reprimida, su medida es la sexualidad de las mujeres blancas. No todas las mujeres son educadas de la misma forma en términos sexuales.

Te propongo un ejercicio: piensa en cualidades típicamente femeninas o que han estado asociadas a la mujer o que vienen en el diccionario cuando buscas feminidad o mujer. Las palabras seguramente serán dulces y frágiles y tiernas y maternales. Esos estereotipos están contruidos a partir de la experiencia de mujeres blancas. Por ello la teórica María Lugones señala que la <<mujer>>, es decir, ese concepto ontológico y epistemológico e identitario y simbólico es blanco. La mujer es blanca. La fragilidad y la sexualidad reprimida y estar confinada al espacio privado y la bondad son experiencias blancas. Las mujeres marrones tienen socializaciones distintas y tienen sexualidades diversas y feminidades varias. María Lugones hace la diferencia entre mujeres y hembras, siguiendo la tradición de Sojourner Truth. Las mujeres son blancas, las negras y de color son hembras y han sido bestializadas igual que sus compañeros racializados, y al no ser consideradas mujeres por no ser frágiles y por ser poderosamente sexuales y por ser rabiosas no han sido consideradas en los mapeos de qué es ser una mujer ni en la construcción de agendas liberadoras.

El problema de la teorización radical sobre el género no es solo que se enfoca en la experiencia de mujeres blancas, sino que toda su lectura se construye a partir de la dicotomía y no es así. Hay mujeres indígenas que afirman que no existe una feminidad sino varias y que no todas son opresivas, algunas están llenas de

emancipación porque parten de reencontrarse con la ancestralidad. Mientras que para muchas radicales tener el cabello largo es símbolo de opresión para las mujeres racializadas es recuperar su historia y es empoderamiento y es reivindicación, sobre todo cuando ese cabello ha sido usado para degradarlas. Hay feministas racializadas que hablan de dos clases de relaciones patriarcales: a las que están articuladas a partir de la dicotomía las nombran como relaciones de alta intensidad, y las de baja intensidad son aquellas en las que no existía/existe una dicotomía sexual sino una dualidad, y aunque la tareas comunitarias sí estaban divididas por sexo no eran antagónicas ni estaban jerarquizadas, pues por ejemplo la maternidad y la recolección y la crianza eran igualmente valoradas que la caza y la guerra. Con los procesos de colonización ocurrió lo que la feminista indígena Julieta Paredes define como entronque de relaciones patriarcales, que es cuando la jerarquización sexual se impuso sobre la dualidad sexual. Y mediante procesos de colonización se consolidó la infravaloración de la maternidad y los cuidados. Entonces, abolir el género les resulta inviable porque terminaríamos pareciéndonos más a los que más tienen que a las que menos tenemos, y entonces la abolición del género sería una continuidad de procesos de colonización. Las feministas de color apuestan por restaurar la dualidad y que la fertilidad y los cuidados y la ternura y el poderío sexual y el cabello largo/afro sean re-significados y dignificados.

Si teorizamos desde el eurocentrismo, proponemos agendas racistas.

El feminismo radical afirma que el feminismo es un internacionalismo y que lo que nos une a todas es que somos mujeres. Y que entonces no existen varios feminismos sino uno, el que busca liberar a las mujeres de la opresión. Opresión en singular. Y que no es necesario un feminismo blanco o indígena. Verga. Para este tipo de planteamientos no tengo argumentos. Realmente me dan ganas de tirar putazos, porque si algo no soporto es la mezquinidad. Pero afortunadamente Audre Lorde sí los tiene: <<Estar juntas las mujeres no era suficiente, éramos distintas. Estar juntas

las mujeres lesbianas no era suficiente, éramos distintas. Estar juntas las mujeres negras no era suficiente, éramos distintas. Estar juntas las mujeres lesbianas negras no era suficiente, éramos distintas. Cada una de nosotras tenía sus propias necesidades y sus objetivos y alianzas muy diversas. La supervivencia nos advertía a algunas de nosotras que no nos podíamos permitir definirnó fácilmente, ni tampoco encerrarnos en una definición estrecha... Ha hecho falta cierto tiempo para darnos cuenta de que nuestro lugar era precisamente la casa de la diferencia, más que la seguridad de una diferencia particular>>.

El feminismo radical durante los años setenta popularizó la consigna <<organízate en torno a tu opresión>>, llamando a mujeres a organizarse en el feminismo. bell hooks fue una de las primeras en problematizar esta consigna. Esta autora aplaude el llamado a la empatía, pero planteó unas cuantas preguntas: ¿qué es lo que oprime a las mujeres? ¿Existe una sola opresión? ¿Cuál es? ¿Es la opresión por jerarquía sexual la más violenta de todas? ¿Qué es realmente estar oprimida? Y fue enfática en señalar que este posicionamiento político es ignorar los privilegios que les dan la clase y la raza. Bajo esta consigna niegan que tengan privilegios. Incluso hoy en día hay feministas radicales que afirman que las mujeres no tenemos privilegios en el patriarcado. Quizás como mujeres, no, pero como blancas y de clase media/alta desde luego que sí. Las feministas radicales usan la premisa de que todas las mujeres estamos oprimidas para sostener que el sufrimiento no puede ser medido y que las mujeres no tenemos ningún privilegio. Sin embargo, como lo han mencionado feministas de color a lo largo de la historia, una mujer puede vivir discriminación sexista y al mismo tiempo ser una racista de mierda que explote a la trabajadora del hogar. Vivir sexismo y ser al mismo tiempo opresora no es oxímoron. Ser blanca y decir que eres oprimida solo por ser mujer, sí. No puedes pertenecer a un grupo históricamente privilegiado y decir que eres oprimida. Hay que tener tantita madre. Para ser oprimida tienes que estar atravesada por al menos dos sistemas de opresión y no pertenecer a ningún grupo históricamente privilegiado. Es matemático. Es como una ecuación. Si eres blanca y mujer y de clase media, vives discriminación y sexismo.

Si eres negra y empobrecida, vives opresión. Si eres mujer y empobrecida, vives opresión.

Si teorizamos desde el privilegio, proponemos soluciones que reproducen sistemas de opresión.

Quizás las mujeres compartimos experiencias de discriminación sexista y de violencia misógina y de situaciones machistas, pero las diferencias de clase y raza no separan en experiencias vitales. Es claro que sí existen mujeres privilegiadas y no están difícil darse cuenta: los privilegios no se tratan de cómo te beneficias del sistema sino de cómo el sistema te beneficia a ti. bell hooks va más allá, desmenuzando la jerarquía sexual, y afirma que el sexismo nunca ha determinado de forma total la vida de todas las mujeres. Dice: estar oprimida es carecer de opciones, y en este mundo muchas mujeres pueden elegir -por imperfectas que sean sus elecciones- y acceder a derechos que otras no y comprar libertades. Entonces, si una mujer puede tomar decisiones y acceder a derechos y comprar libertades su experiencia se llama discriminación o explotación o violencia sexista, no opresión. bell hooks lo dice con una honestidad brutal: ella como negra, pertenece a un grupo oprimido (raza) y vive discriminación sexista. Su opresión no está en las relaciones patriarcales sino en la historia de esclavitud de su raza. Si tú eres una mujer blanca/mestiza, con el pasar por blanca y de clase media o alta no estás oprimida porque puedes elegir, porque puedes tomar decisiones, porque tienes acceso a muchos derechos. Tu experiencia se llama discriminación sexista o violencia machista. Hay que ser honestas con nosotras mismas.

Si teorizamos desde las lágrimas blancas, invisibilizamos sistemas de opresión.

El feminismo del cuarto propio ve en la maternidad un atraso o una esclavitud. Y llama a las mujeres a dejar de reproducirse y, si se reproducen, a ser malas madres. Claro, siempre y cuando mala madre signifique dejar a las crías con la nana precarizada para desarrollarse profesionalmente. La teorización desde la apuesta radical sobre la maternidad es perfecta para ejemplificar que no es solo que el feminismo radical sea problemático teóricamente, sino que esas deducciones sesgadas tienen repercusiones en la agenda. Este feminismo, al ver la maternidad como una suerte de opresión, enfoque demasiada energía en el tema del aborto, sin embargo, ni siquiera un tema tan importante como su despenalización forma parte de una agenda universal. Para muchas mujeres el problema no es el aborto, son las esterilizaciones forzadas. Para las mujeres racializadas, parir es un acto de resistencia en contra de los procesos de limpieza racial. Parir es perpetuar su estirpe guerrillera. Parir es ir contra lo establecido que dispone que hay que mejorar la raza. Parir es escupirles en la cara a los racistas que las quieren infértiles.

Teorizar desde el privilegio de raza, perpetua el exterminio racial.

Para el feminismo radical la familia es un eje de opresión y una institución que de ser abolida. Si bien las feministas racializadas han cuestionado la violencia doméstica e intrafamiliar reconocen que al mismo tiempo la familia es un lugar de refugio ante el racismo que viven en el espacio público. También es una continuidad de la comunidad y cuidar de la familia es cuidar de su raza. Los cuidados son entonces una defensa radical contra el racismo que amenaza sus vidas.

Teorizar desde la experiencia de privilegio, despolitiza la potencia de los cuidados como resistencia a la opresión.

¿Por qué le aplaudimos tanto a Andrea Dworkin que no es una teórica sino una ensayista y no le damos el mismo valor a Angela Davis, que tiene análisis teóricos

extraordinarios sobre el complejo carcelario? ¿Por qué damos por hecho que <<todas las mujeres estamos oprimidas>>, si muchas de nosotras podemos tomar decisiones, por imperfectas que sean? ¿Por qué no escuchamos a bell hooks cuando dice que no todas las mujeres están oprimidas, porque estar oprimida es no tener opciones? La invisibilización también es racismo.

Como pudimos ver a lo largo de este texto los análisis de las mujeres de los zulos son teóricamente más pulcros y conceptualmente más elaborados. Hablar de intersección de opresiones es más concreto y brillante que hablar de patriarcado. Hablar de multiplicidad de experiencias es más cercano a la realidad que hablar de opresión común. No es casual que las ideas más geniales se les ocurran a las mujeres de los zulos, y no es casual porque la experiencia orgánica, el tener que rifártela constantemente para hacerle frente al racismo y a la precariedad, generan procesos teóricos más elaborados. El problema de teorizar desde los cuartos propios no solo es dar continuidad a la colonialidad del saber ni la invisibilización racista ni que sus aportes sean teóricamente insostenibles. Es que se proponen soluciones desde ahí. La agenda del feminismo del cuarto propio está formulada a partir del privilegio y cuando voltean a ver las otras es a partir del síndrome de la salvadora blanca: ¡pobres niñas nigerianas, urge la ayuda internacional en su país para que las salven de esos machos salvajes! O desde el moralismo: ¡nada que le pare la verga a un hombre es empoderante, perrear no empodera, no importa lo que las negras digan! O desde la mezquindad: ¡el problema son las putas, no entienden que vender la pucha nos afecta a todas! O desde sus intereses personales: ¡necesitamos más mujeres en puesto de toma de decisión! O desde la reproducción del racismo: ¡hay que quitarle el hiyab a las morras! O desde el clasismo: ¡pedimos que el acoso callejero por parte de albañiles sea castigado con cárcel!

Si teorizaos desde los privilegios de clase y raza, proponemos agendas que reproducen sistemas de opresión como el racismo y el clasismo.

La agenda del feminismo de los cuartos propios ha sido hegemónica. El voto. El acceso a puestos de mando. El acceso a la educación universitaria. El control de la natalidad. Hay más mujeres publicando libros. Hay mujeres soldado. Hay mujeres cancilleres. Hay mujeres en la política. El feminismo de los cuartos propios ha priorizado sus agendas y se ha olvidado de las mujeres de los zulos. ¿Cuántas feministas van a las marchas de Black Lives Matter? ¿Cuántas protestan contra los programas sociales que esterilizan indígenas? ¿Cuántas se suman a la exigencia de la abolición de las políticas de extranjería en Europa? ¿Cuántas respaldan la lucha de las parteras tradicionales y la defensa por el agua y el territorio? ¿La lucha palestina por seguir pariendo rebeldes contra la ocupación? ¿Cuántas denuncian el racismo en la prohibición del hiyab en los espacios públicos en Europa? Por ello miles de mujeres de los zulos no ven nada liberador en el feminismo, porque el feminismo no les está resolviendo nada. Es hora de escuchar las voces de las mujeres sin cuarto propio y de las que escriben sentadas en la banqueta escuchando Jenni Rivera y tomándole a la caguama directo de la botella. De las que defienden la tierra y su derecho a parir criaturas de ojos rasgados. De cuestionar quién limpia las paredes rayadas en nuestras marchas y cuestionar sobre qué hombros recae la liberación de las que más tienen. Es hora de escuchar los aportes de las feministas racializadas y tomarlos en serio y preguntarles: ¿en qué te puedo ser útil? Si teorizamos desde la matriz de opresiones, las experiencias de clase y raza no tiene por qué separarnos. Necesitamos una agenda feminista desde los culos porque como dice la feminista musulmana Wadia N Duhni: la humanidad nos ha fallado, ¿vamos a fallarnos también entre nosotras?